

## FINAL DEL COLONIALISMO EN ASIA

Durante todá la primera mitad del presente siglo, el panorama asiático se ha caracterizado por una guerra fría entre las potencias coloniales y las fuerzas más o menos difusas del anticolonialismo. En China, India, Birmania, Indonesia y Filipinas existía ya un sentimiento de mayoría de edad, que unas veces y en algunos parajes adquiere caracteres de verdadera lucha suicida contra el opresor, mientras en otros es tan sólo de resistencia pasiva o, simplemente, de reivindicaciones autonomistas llevadas por conductos legales. Pero el sentimiento motor es igual en todas partes. Lo mismo da que en Shanghai o en Jakarta corra la sangre, que en Manila crezca el Partido Nacionalista, o que Gandhi declare la huelga del hambre.

Sólo el Japón es un caso especial. El Japón ganó bien pronto su total independencia, y los últimos cincuenta años han significado para él una marcha incesante hacia la cúspide de un poderío militar y político bien merecido. El esfuerzo de este país es asombroso y de todos bien conocido, pero tanto objetivo logrado le colocaba al mismo tiempo en posición harto embarazosa. Por una parte, se consideraba a sí mismo como un país superior con relación a sus hermanos asiáticos y el igual de las grandes potencias occidentales. Siendo así, lo que el Japón pretendía era sustituir a éstas en su política colonizadora de Asia. Pero a su vez, como país asiático, comprendió que el colonialismo en aquella parte del mundo era ya una mala bandera, y así es como desde que inicia la campaña de Manchuria y luego de China, emplea permanentemente el lema de "Asia para los asiáticos", que en un principio abre muchas puertas y derriba baluartes hasta entonces incommovibles, como se pudo ver durante la última guerra mundial. Y después, durante los años de ocupación japonesa, los países hasta entonces "oprimidos" por el colonialismo occidental, y que les recibieron en son de libertadores, hubieron de sufrir un nuevo tipo de colonialismo mucho más rudo y

pobre en compensaciones económicas. El imperialismo nipón resultaba más evidente e intolerable que el de los hombres blancos.

De esta aventura quedó, sin embargo, una conclusión de gravísimas consecuencias políticas. A saber: que el hombre amarillo podía medir sus fuerzas con el blanco e incluso derrotarle. El temor fanático al poderío blanco, sobre el que tanto tinglado comercial y político se había montado durante siglos, estaba deshecho para siempre. El occidental había "perdido la cara", lo cual es el más grave pecado que en Oriente puede cometerse. La realista Inglaterra lo comprende así y se apresura a dar la independencia a su Imperio, de donde surgirán cuatro Estados: la India, Pakistán, Ceilán y Birmania. Igual táctica siguen los Estados Unidos con Filipinas. Los que no quieren entender la nueva realidad, Francia y Holanda, verán estérilmente correr su propia sangre en Indochina e Indonesia, para llegar al mismo resultado. La hora de la independencia había sonado y lo acertado sería saber encauzarla por los más favorables derroteros.

Pero la realidad histórica no es nunca tan esquemática como parece a primera vista. La caída de Roma y el consiguiente triunfo bárbaro no es cosa de un día para otro, como pretenden los manuales de historia. Ni siquiera lo que cae es totalmente sustituido por lo que surge. Hay períodos de la historia en los que la transición es más lenta y otros en que es más acelerada. Algo más espectacular que esto no puede pretenderse. Tal es lo que cabe afirmar en Asia cuando se habla de la caída del colonialismo. No cabe duda de que, en esquema, el Occidente perdió la partida en Asia. Pero ello no quiere decir que la haya perdido totalmente y para siempre. Ha habido una indudable retirada de posiciones hacia la periferia. Pero en éstas el Occidente está aún presente y más alerta ante el peligro que lo estuviera anteriormente. Basta contemplar un mapa de Asia para darse cuenta de que el Occidente aún se aferra con fuerza al mundo asiático. La cadena de posiciones más o menos firme que comprende Corea del Sur, Japón, Okinawa, Hongkong, Formosa, Filipinas, Indochina y Thailandia es una buena prueba de que el Occidente no está dispuesto a desaparecer totalmente del escenario asiático, y esas posiciones marginales lo mismo pueden ser los últimos baluartes de un ejército en retirada y próximo a la derrota, que las cabezas de puente desde donde dar el salto a la reconquista del terreno perdido. Que sea una cosa u otra depende de diversas

circunstancias, muchas de ellas extraasiáticas, que sólo el futuro desvelará.

Lo que no cabe duda es que, hoy por hoy, el mundo occidental, y especialmente los Estados Unidos de América, están decididos a mantener a toda costa tales posiciones, como es buena prueba la guerra de Corea, con su inmenso sacrificio económico y en vidas humanas, y la guerra de Indochina, que, por voluntad estadounidense, se hubiera convertido en una segunda Corea. La VII Flota manteniendo la ficción política de Formosa, las bases americanas en Okinawa y Filipinas, la presencia de Gran Bretaña en Hongkong, etc., son otras tantas pruebas de una decidida presencia con vistas a un futuro en el que quizá se recupere lo perdido. Si así no fuera, el enorme sacrificio que cuesta el mantenimiento de estas posiciones tan alejadas, sin una simultánea penetración comercial y económica que compensara el esfuerzo, no tendría el más mínimo sentido.

El Occidente comprende que hay que borrar los viejos errores y, sobre todo, evitar cuidadosamente la odiada palabra del colonialismo. Sabe que con las heridas aún sangrantes que abre en Asia todo lo que aquel término encierra, su posición estaría irremisiblemente perdida. Tampoco puede adoptar el término opuesto, es decir, el anticolonialismo, porque la historia está aún reciente y, además, porque ese término lo han inscrito ya en sus banderas los otros, los antiblancos, en general, y los comunistas, en particular. Así, el Occidente tiene que inventar un nuevo lema, y éste es el de "sistema de seguridad colectiva".

Esta ambigua expresión, que lo mismo sirve en Europa que en Asia o Africa, no es, en definitiva, más que un complicado sistema de alianzas de tipo elástico y fluctuante, con el que Norteamérica ha conseguido frenar el alarmante avance del comunismo en la postguerra. Sin embargo, desde el punto de vista asiático, hay que reconocer que el sistema de seguridad colectiva no ha tenido tan fácil aceptación como en otras partes del mundo. Países no comunistas, como las potencias de la Conferencia de Colombo, rechazan abiertamente el adscribirse a tal sistema. Por más esfuerzos que hacen los Estados Unidos por apartar el fantasma de un colonialismo en potencia del sistema de seguridad colectiva, los recelos son evidentes y las ausencias un pesado lastre que tiene que soportar Estados Unidos en Asia. La India, Birmania e Indonesia levantan frente al sistema de seguridad colectiva la tesis de la coexistencia pacífica, con lo que la política occidental en Asia tropieza

con un nuevo entorpecimiento para el logro de sus fines, no menos despreciables que el que supone el comunismo mismo.

Sintetizando lo hasta aquí apuntado, vemos que en el mundo asiático se dibujan nítidamente tres tendencias políticas bien definidas y, casi siempre, antagónicas entre sí.

1. La mantenida por el bloque de los países comunistas, cuyo programa de expansión política está basado casi exclusivamente en el anticolonialismo a ultranza, utilizando para tal fin todos los medios, incluida la guerra. Tal es la postura de la República Popular de China y sus satélites, principalmente la Corea del Norte y el Viet Nam del Norte.

2. La de los países de la coexistencia pacífica, o tercera posición, con la que pretenden estar equidistantes de los dos bloques en pugna y aspiran a lograr la total independencia de los países asiáticos por medios pacíficos y el principio de no intervención. Los inspiradores de este grupo son el Pandit Nehru y Krishna Menon, de la India, U Nu, de Birmania y Soekarno, de Indonesia. Ceilán, aunque con ciertas reservas, puede ser también incluido en esta tendencia, a pesar del anticomunismo de Kotelawala.

3. Por último, nos queda el grupo de la seguridad colectiva, patrocinado por Norteamérica y que comprende la Corea del Sur, China Nacionalista, Filipinas, Tailandia y el Pakistán. Aunque las protestas del anticolonialismo de los países que integran esta tendencia son también constantes, sin embargo es éste el principal recelo que inspiran a sus hermanos asiáticos. El que a tal grupo pertenezcan también territorios asiáticos sometidos aún al viejo colonialismo, como son las colonias británicas de Malaya y Hongkong o la Indochina francesa, es pesada rémora para la idea norteamericana de la seguridad colectiva. El objetivo primordial de este grupo es el de evitar a toda costa la hegemonía comunista en el mundo asiático.

También en esta toma de posiciones el Japón constituye un caso aparte y especial. Aunque a primera vista podría considerársele adscrito a este tercer grupo, hay que conceder, al menos, que no lo está ideológicamente y sí tan sólo por la fuerza de las circunstancias que le han obligado a ello después de la guerra y de la ocupación. El partido comunista tiene allí existencia legal, y la meta de sus gobernantes es la del entendimiento político y económico con los tres grupos señalados.

Estos tres grupos han tratado por todos los medios de hacerse con

adeptos. El grupo comunista, con la bandera del anticolonialismo desplegada a todos los vientos, buscó su expansión por la fuerza de las armas, aprovechando en un principio la catastrófica política norteamericana de abandonismo en China y apoderándose, casi por sorpresa, de la mayor parte del continente asiático. La continuación lógica de esta expansión armada fueron los intentos de invasión de la Corea del Sur y la guerra de Indochina.

El grupo representado por el lema de la coexistencia pacífica ha obtenido también considerables ventajas, como ha sido el dejar de ser colonia británica. Este grupo es el que formó el núcleo principal de la Conferencia de Colombo, si bien no pudo establecerse en la misma el programa institucional, como pretendía Nehru, que aglutinase una ideología aún difusa.

Por último, el grupo que representa la seguridad colectiva ha tenido sus momentos de prueba en la guerra de Corea, en la que combatieron unidades filipinas y tailandesas y al fin logró quedar constituido políticamente en la Conferencia de Manila, donde nació la S. E. A. T. O. En esta Conferencia viejas potencias colonialistas, como Inglaterra y Francia, se sentaron en la misma mesa que Tailandia, Pakistán y Filipinas, de un lado; como países de reciente independencia, los dos oceánicos, Australia y Nueva Zelanda, y Norteamérica como dirigente de tan ambiguo conglomerado. La China Nacionalista y el Japón podrían haber asistido a la Conferencia si, sobre una ideología común, no hubieran primado recientes recelos. También la Corea del Sur fué un ausente incomprensible.

El resultado de ésta Conferencia de Manila no ha pasado, sin embargo, del mero pacto militar de carácter defensivo, sin una idea sustentadora. Nada más podía esperarse, por otra parte, de la mezcla de potencias colonizadoras y países extraasiáticos, no sólo en el sentido geográfico, sino en el espiritual del vocablo. Sin embargo, en la S. E. A. T. O. ha quedado la base militar que, hoy por hoy, es la única operante en la idea americana de la seguridad colectiva. Y en ello mismo está su propia limitación, que hace de la S. E. A. T. O. un instrumento del Occidente frente a un sistema de expansión que, visto desde fuera de Asia, es puramente comunista, pero que en aquellas latitudes se confunde las más de las veces con la lucha anticolonialista y de reivindicaciones nacionales.

De esta pugna de tendencias, y para fijar el camino del anticolo-

nialismo común, es de donde ha partido la idea de la Conferencia de Bandung. Sin entrar en el detalle de la misma, recogido en otro lugar de este mismo Cuaderno, lo que sí podemos afirmar es que la Conferencia de Bandung ha aglutinado la hasta ahora dispersa idea del anti-colonialismo. Incluso cuando el delegado del Irak denunció el colonialismo soviético sobre siete millones de compatriotas suyos en el Turkestán, que cuando Soekarno en el discurso de apertura citó unos versos de Longfellow, o el delegado argelino atacó a Francia, todo estaba en función de una nota que se impone, que es la de la plena libertad política de los pueblos de color, allí representados sin intervención de ninguna potencia occidental.

La resolución final de la Conferencia, concebida en términos vagos e imprecisos de condena al colonialismo en general y de la política de fuerza, con un llamamiento para lograr la paz universal, es más bien el balance de un pasado que la organización de un porvenir. Pero, no obstante, en la historia política de Asia, la Conferencia de Bandung marcará el punto de arranque de un nuevo período de pueblos libres. Aunque con mayoría de edad aún imprecisa, en Bandung ha cristalizado una idea que ha podido mover a pueblos dominados hasta ahora por la pereza y el temor.

Para bien o para mal, lo que es evidente es que, por primera vez, los pueblos de Asia han elevado la voz por encima de sus propias fronteras para condenar públicamente un sistema de relaciones entre el Este y el Oeste, que ya estaba definitivamente muerto. Ahora, en las dulzuras de la libertad, lo que estos países deberán encontrar es la meta noble que les lleve, siguiendo sus peculiares historias y tradiciones, a merecer tal libertad. Si equivocan el camino, la servidumbre que les espera será aún más intolerable que la que hasta ahora soportaron.

NICOLÁS MARTÍN ALONSO